



Leib

Leib

Laura Medina Camacho

"Yo más bien diría
que una vive más por la intensidad
de los afectos que por el tiempo o el espacio.
En el tiempo o el espacio existimos sobretodo
por ausencia, ya que no podemos estar
en más de un lugar a la vez
pero siempre estamos con nosotros mismos"

Louise Bourgeois



Louise Bourgeois. "Femme Maison" 1946-47. Óleo y tinta sobre lino. 91,4 x 31,5 cm. Colección privada.

Desde la marca que le hicieron a Caín como castigo por haber matado a Abel, hasta la curación del ombligo del recién nacido, que representa que ya es un individuo, arrojado desde la comodidad del paraíso del útero al mundo a acostumbrarse a su incomodidad o llegar a disfrutarla, la primera cicatriz en un camino para recolectarlas, para consignar en la piel lo frágil o fuerte que se puede ser. El valor simbólico de las cicatrices, la herida que ya sanó, ha transmutado y acumulado significados, que se hacen difíciles de abordar, pues han estado presentes durante toda mi vida. A lo largo de un proceso no lineal, como este texto, emergen las implicaciones que tienen las cicatrices sobre mi cuerpo: un recorrido propio para reflexionar conceptos y relaciones, que se acercan a mi propia feminidad.

Cruz

Recuerdo el día que me enfrenté a la primera cicatriz y fui consciente de que lo era y aunque irónicamente no era mía me llevó a enfrentarme con las propias. Mi hermano acababa de nacer, estaba sentada en un andén, al lado de una tienda, frente al hospita donde estaba mi mamá, mi hermano mayor estaba al lado mío, no recuerdo haber hablado con él mientras esperábamos. Recuerdo que mi papá estaba ahí, pero de un momento a otro se fue y después de un largo tiempo de incómoda espera aparecieron los tres, mi mamá con una blusa verde clara del color de la ropa del bebé, en una silla de ruedas, y mi papá, sonriendo empujaba la silla, como diciendo coronamos. Mi mamá se había despedido muchas veces de mi antes de tener a mi hermanito, pero yo confundida o haciéndome la que no entendía, solo la escuchaba y dejaba que sus palabras se desvanecieran negándome a aceptar la despedida. Llegando a la casa se recostó y la ayudé a ponerse más cómoda. No paraba de verla, aunque procuraba que no lo notara y solo pensaba que ella estaba ahí en la cama otra vez, que me abrazaría de nuevo y que

esta tampoco era la despedida. Me recosté al lado de ella, la acaricié y me refugié en el calor que su vida le daba a la mía. Mi papá la ayudó a cambiarse y la ví, ví esa marca en su abdomen, dos heridas trasversales atravesaron su vientre, se interceptaban en el ombligo formando una cruz cocida con ese hilo azul con el que nos remiendan a nosotros los humanos. Ella vivió su propio calvario. Mientras sanaban sus heridas yo me llenaba de incógnitas que le pedía a ella que me respondiera. Le preguntaba por qué pasaba eso, por qué nuestro cuerpo se transformaba así, que si éramos rojos por dentro y cómo era posible que nos pudiesen coser mientras los pedazos poco a poco se pegaban. Donde había un hueco, una llaga, una pequeña ventana que nos deja ver de qué estamos hechos y conocernos un poco por dentro, luego solo quedará una marca. Como si la ventana se hubiese cerrado. Ahora pienso que quizás haga falta abrir más ventanas y sanar más heridas para conocernos. Ella me decía que en el cuerpo siempre quedaban marcas de cuando nos lastimamos y que el mundo estaba lleno de cosas que lastimaban, incluso las que más disfrutamos, pero que para ella era muy bello entender que todos podíamos sanar, hasta las heridas que no vemos. No entendía por qué algo que disfrutaba me podría lastimar y le pregunté, ella me dijo: mírate las piernas, yo las miré, eran pequeñas, delgadas y muy pálidas en los espacios donde se podía ver su color real. El resto esta-

ba lleno de múltiples hematomas, esas manchitas de sangre que se quedaron atrapadas, se querían escapar pero no pudieron salir a la superficie y se tornaban en una gama de colores fríos. Me hizo caer en cuenta que la mayoría fueron consecuencias del juego y la emoción, pero finalmente se iban y llegaban otros moretones de juegos más divertidos. Desde ese tiempo me vi maravillada por el proceso en que sanábamos, pero también noté que a mí me costaba más hacerlo y me hería más fácilmente. Me empecé a dar cuenta que, quizás, era más frágil y con el paso de los años que nada deja intacto, fui acumulándolas una tras otra, heridas que mi cuerpo luchaba por sanar, pero que quedaban consignadas en mi piel por leves que fueran. Ahora son tantas que no las puedo ni contar, y a decir verdad, me aterra hacerlo.

Mi cuerpo era débil, pequeño y frágil, lidiando con el dolor físico que esto acarrearaba, se había acostumbrado a quejarse como una manera de sobrellevar su vida, que tantas veces parecía llegar a su final. No me acuerdo en qué momento mi percepción cambió y solo veía mis cicatrices con los ojos de asco con los que miraban los demás. ¿Cómo puede ser un gesto tan poderoso para hacer que una persona termine odiando aquello que alguna vez le fascinó?

Ella

Caminando a la deriva encontré un destino, el ruido de la quebrada me llenó de tranquilidad, un buen lugar para reposar, había que cruzar un improvisado puente de madera, pues esta misma quebrada rodeaba su entrada, frente a ella había unas latas que alguna vez se llamaron autos, como si el tiempo los hubiese arrugado como un pedazo de papel, miles de rayones en su fachada, firmas de desconocidos que hacían parte de su pintura y un hueco en donde debería ir la ventana principal. El piso de la entrada se había hundido y solo unas pocas tablas permitían pasar. Me invitaron a hacerlo: los letreros sugerentes, las preguntas incoherentes, los dibujos sin auguro que vivían en sus muros ¿Cuántas personas han pasado por aquí? ¿Con cuántas historias se ahogará esta casa? La sentí profundamente ligada conmigo, con mi trabajo, con las dudas que en el momento me asaltaban; las heridas, las cicatrices, las marcas del tiempo. Me sentí como ella. Las mujeres casa pensé. Empecé a describirla y entendí que así me sentía en ese momento, sola, vacía, abandonada, marcada, llena de cicatrices, llena de las





historias que ellas me recordaban. Me conecté con ella y en uno de sus cuartos abrí la ventana, aunque no tenía vidrio, me senté a observar como caía la noche, ese cielo colorido que nos dice que el día se ha perdido, con un mundo de preguntas en la cabeza, con miles de sensaciones del lugar, solo aprecié aquella casa, esa casa a la que alguien en algún momento le llamó hogar, pero no se sabe bien quién, ni hace cuánto dejó de hacerlo.

Mientras la recorría imaginaba escenas de cómo sería vivir allí, de ver el sol entrar por la mañana y el ruido del agua llevándose todo lo malo del día anterior, vivir alejado del caos ciudadano y tener en este lugar múltiples espacios de paz. Vivir en esta casa era todo un sueño, un sueño que nadie más podría vivir. O eso pensaba.



Este cuerpo

Este cuerpo que habito me lastima muchas veces, es él el que siente el dolor, pero soy yo la que lo padece, es él el que se enferma, pero soy yo la que decido si es fuerte. Este cuerpo que habito lleno de marcas de la muerte que se me acercó, pero me dejó ir, que me le acerque, pero no me quiso. Este cuerpo que habito que necesita de otro para ser recorrido. Este cuerpo que habito que no conozco completamente, que no me gusta recorrer, que no me gusta ver. Este cuerpo que habito al que le fallan los sentidos para verse así mismo, que nunca veré como en realidad es, a menos de que ya no lo habite. Y no sé, quizá sin su ayuda ni siquiera sea capaz de ver. Este cuerpo que habito, tan hueco y tan repleto como puede estar, que a veces suena como agua, que se derrite en fluidos que acarrearán su vivir, este cuerpo que habito lleno de constelaciones de colores, de manchas y lunares, de heridas y cicatrices, este cuerpo nunca desnudo, nunca completamente erguido y que si se desnuda se encorva, se agacha. Este cuerpo que habito que se quiere esconder, este cuerpo que no se quiere ver y le pesa que le vean la infinidad de texturas y colores que lo conforman. Que le pesa la piel.

Y aunque lo diga no sé si en realidad lo habito, pero si sé con certeza que se puede habitar.

Piel

“En la piel se oculta otra geografía, invisible. Un territorio donde se relatan las historias vividas” señala Sandra Martínez cuando escribe la piel como superficie simbólica. Un territorio donde se relatan las historias vividas y es que esta frase puede ser tan obvia pero tan profunda para mí, pues la mía puede ser una biografía con bastantes detalles, sin embargo, soy yo la única con la capacidad de leerla

Se ha ligado en tantas ocasiones el cuerpo con el territorio, pero más allá de abordar el cuerpo como un todo es, a mi parecer, la piel ese territorio. Según la RAE y la etimología de la palabra territorio es una extensión de superficie terrestre que pertenece a, hablando políticamente, en el caso de mi piel, pertenece a mi cuerpo, ya otro asunto es hablar quizá, de a qué o a quién pertenece mi cuerpo, puede ser más complicado y realmente no me interesa hacerlo. Además, el hecho de que la palabra superficie sea protagonista, lo que se ve a simple vista; eso que recubre y se adapta a toda la dimensionalidad de la tierra y del cuerpo.

Jean Luc Nancy tenía muy presente esta importancia de la piel cuando escribe 58 indicios sobre el cuerpo, en uno de los últimos, más específicamente en el número 54 donde escribe lo siguiente “El cuerpo, la piel: todo el resto es literatura anatómica, fisiológica y médica. Músculos, tendones, nervios y huesos, humores, glándulas y órganos son ficciones cognitivas. Son formalismos funcionalistas. Más la verdad, es la piel. Está en la piel, hace piel: auténtica extensión expuesta, completamente orientada al afuera al mismo tiempo que envoltorio del adentro, del saco lleno de borborismos y de olor a humedad. La piel toca y se hace tocar. La piel acaricia y halaga, se lastima, se despelleja, se rasca. Es irritable y excitable. Toma el sol, el frío y el calor, el viento, la lluvia, inscribe marcas del adentro -arrugas, granos, verrugas, excoiaciones- y marcas del afuera, a veces las mismas o aun grietas, cicatrices, quemaduras, cortes” y frente a estas palabras, no queda mucho que comentar, quizás enfatizar que es allí, en la piel, donde se manifiestan muchos procesos que ocurren en el cuerpo y que está llena de agujeros que sostienen su vivir y donde fluyen los placeres de la carne.

Capricho

Tatuaje y cicatriz, el cliché más grande, la relación más obvia, y mi capricho por hacerlo. Y es que aquí entran varias cosas, por un lado, un profundo interés por esta técnica, el hecho de su origen, pues, en un principio las plantas que se usaban para sanar las heridas en la medicina primitiva, marcaba las mismas y a su vez las pigmentaba algo así como los jarrones kintsugi, pero un poco menos bello, por otro lado, es la cicatriz que se desea, con toda una connotación simbólica de orgullo y empoderamiento.

Del tatuaje aprendí mucho, pues una de las cosas que más me emocionaba era el reto de enfrentarme a lo desconocido. En múltiples culturas desde el inicio de la historia, el tatuaje, fue realmente importante, hacía parte de sus rituales, reflejaban visiones etnocéntricas y androcéntricas. Símbolo de belleza, de alegría, de un lugar importante en su comunidad, e incluso en algunas culturas como los maoríes de Nueva Zelanda lo usaban como arma psicológica en la batalla, buscando asustar a sus oponentes. Pasé por toda su historia desde aquellas momias egipcias, mujeres

en su mayoría, con marcas en su cuerpo, tatuajes que se supone tenían propósitos mágicos y protectores. Pueblos originarios de América, Siberia y medio oriente, culturas indígenas Americanas, la llegada del tatuaje a Japón hace más de 3000 años, su popularización gracias a los marineros occidentales del siglo XIX quienes en sus viajes y como resultado del contacto con tribus como los Samoanos, lo Amerindios, los Maoríes entre otras, aprendieron el arte de marca la piel e incluso lo nombraron a través del francés *tatouage* vocablo inventado por los marineros galos en su fascinación por los dibujos samoanos, pero proveniente del verbo percutir de esta misma cultura. En fin, para mí el ejemplo claro de cómo se puede interpretar una cicatriz de innumerables formas, pues puede ir más allá de la estética y de moralidades impuestas, para mí es todo un tema para reflexionar no solo desde la fascinación sino también desde la incomodidad.

Sincronía

Mientras caminaba, repasaba en la mente las cosas que tenía que comprar, tomate, cebolla, fruta y ajos. Ya tenía todo en la bolsa me faltaba pasar a comprar un trozo de carne, caminando a la tienda en el andén estaba allí quizás era otra, pero se sentía como la misma, con sus alas extendidas, con un ojo en cada una, entre tonos grises y marrones, como si fuese predecesora de la epifanía.

Estando allí esperando mi pedido, vi que botaban algo a la basura, la curiosidad me ganó, pregunté qué era eso que desechaban – es una piel de marrano, eso nadie lo compra me respondió y me la mostró, era pálida, era rojiza se le veían las venas y una capa de cebo. El asco me hacía dudar, pero me llamó la atención su parecido a la piel humana, así que le pedí que me la regalara, él me miró extrañado el saco de la basura, me la echó en una bolsa y me la dió sin preguntarme nada.



Mujer

Que difícil entender el cuerpo, el humano para empezar, esa máquina perfecta que desde el inicio de los tiempos ha dado tanto por hablar, tantas preguntas por responder, tan pretencioso que se llega a decir que nacimos a imagen y semejanza de Dios, así que ni él fue el que lo inventó, pues solo sacaría una copia de sí mismo. Y es que por ser dicha maravilla ha sido objeto de estudio desde los inicios de la historia, variando de oriente a occidente, donde la preocupación de los primeros era entender la energía que emanaba de él y en el segundo lo importante era entender su anatomía. Desde allí el cuerpo ha sido venerado como un objeto estético, se ha representado e incluso mitificado llegando a los estándares clásicos, reflejos de la realidad perfecta, que solo existe en el mundo de las ideas, cuerpos ideales presentes en las esculturas de dioses y diosas de la antigüedad.

Hablar del cuerpo en su totalidad, puede ser casi imposible

pues tiene tantas representaciones como líneas de estudio, que incluso se puede estudiar desde la economía pues también puede ser un bien de consumo, así que solo me enfocaré en lo que me interesa, el cuerpo femenino y sus representaciones. Una que otra pregunta que quizás no pueda responder y algunas conclusiones vagas que nacen desde mi experiencia y mi proceso

El arte ha mostrado de múltiples formas este cuerpo desnudo y se puede afirmar que en su mayoría son femeninos, pues se dice que aproximadamente el 83% de los desnudos en el arte, son de mujeres, además son los más populares en general, ofrecen una visión de la mujer en lo social y lo cultural, teniendo importantes diferencias con las representaciones masculinas, pues en la mayoría de los casos el cuerpo está activo, realizando alguna acción o incluso en batalla, mientras que la mujer casi siempre está en reposo para ser observada ya sea por el que observa la obra o por los demás elementos de la misma.

Podríamos empezar por tres iconos principales que vienen de la Biblia y que van a perdurar por los siglos siguientes; El primero es la virgen María, símbolo de pureza y castidad, la mujer virgen y sin deseo sexual, los elementos en sus representaciones hacen alusión a estos atributos constantemente,

la túnica blanca, el manto azul, el lirio, el olivo, entre muchos otros, atiborrando sus representaciones de símbolos de pureza. El segundo es Eva, la primera mujer carnal, con deseo sexual, creada para servirle a Adán, uno de los pocos temas bíblicos en donde se permitía retratar el desnudo, reforzando quizás el objetivo inicial de Eva, donde en el mito es culpable del pecado de Adán y del pecado de la humanidad, que dice que la seducción de Eva será la perdición del hombre, representada con una larga cabellera, con elementos como el conejo, el zorro, el gato entre otros, que simbolizaban la fertilidad y el engaño. Por último, tenemos a Lilith, cuyo origen puede ser algo confuso pues se dice que es una diablesa posiblemente de origen asirio/babilónico que pasó a una posición importante en la demonología hebrea pero también aparece como la primera mujer de Adán, una mujer que dios formó de inmundicia y sedimento, que se niega a acostarse con él, asumiéndose como igual a él “¿por qué he de acostarme debajo de ti? yo también fui hecha con polvo y por consiguiente soy tu igual” convirtiéndose en símbolo, de la vanidad y mujer sexual. Así pues, tenemos estos tres iconos, santa madre, mártir, mujer pura y asexual, esposa mujer que se somete sin sexualidad propia pero considerada objeto sexual, y la “puta” con sexualidad propia y peligrosa.

Esto será un patrón a lo largo de las representaciones de

la mujer, el desnudo se convierte en uno de los temas de representación femenina, como en los casos de Lilith y Eva, la anatomía se va cargando con erotismo, y las representaciones de diosas o del inicio de la humanidad ahora trascienden a cualquier mujer, convertidas en imágenes de exhibición pública, donde sobran los ejemplos, como la maja desnuda de Goya, o la desnuda durmiendo de Gustave Courbet. Y no podemos negar la calidad de las obras, pues poseen una belleza innegable (como el cuerpo femenino) es cierto que con estas imágenes suceden varias cosas, por un lado, reitero en la cosificación del cuerpo femenino, siendo representadas por hombres y por otro los estándares de belleza que, aunque varían con el tiempo, por medio del arte y demás medios, siempre se mantenía establecido, y quizás haya generado un conflicto de muchas mujeres con su propio cuerpo, pues eran desnudos puramente estéticos y voyeristas. Hablo de esto porque hace parte de mi trabajo y es importante resaltar el peso del cuerpo femenino por sus representaciones a lo largo de la historia y por su propia historia, pues todos hemos conocido la lucha de la mujer durante los últimos tiempos.

John Berger hace una distinción entre los desnudos del arte, por un lado está el *nude* o desnudo como una representación

del cuerpo sometido “exhibirse desnudo es convertir en un disfraz la superficie de la propia piel, los cabellos del propio cuerpo [...] El desnudo es una forma más de vestido” como todo mencionado anteriormente y la mayoría de obras de desnudo, que además nunca podrán alcanzar la desnudez o *naked* término que se refiere a retratar a la persona siendo ella misma, sincera y abriéndose.

Este es uno de los propósitos de mi obra, llegar a la desnudez a partir de la relación con mi cuerpo que tanto me costaba



La Siberia

En la vía Bogotá Guatavita, pasando la calera hay un desvío, una trocha inclinada, donde de noche no se ve nada, siguiendo el camino, el ruido de la quebrada le avisa que ya llegó, si es que las casas desoladas no lo hacen antes, algunas muy cerca al camino ya casi sin techo, con las ventanas cerradas, pero sin vidrios, como si se rehusaran a que desconocidos entren a dañarlas y a interrumpir la tristeza de su abandono. En toda la mitad se divisa un letrero que dice “Bienvenidos a esta su casa: Planta la Siberia” es conmovedor pensar que así fue por más de 80 años para muchas personas, quienes vivían el sueño y el orgullo de trabajar y vivir en la comercializadora de cemento más grande del país, que nace alrededor en 1907 en un hueco, literalmente, en un principio era solo eso, un agujero en la tierra en donde se sacaba la piedra caliza, se llamaba la mina de Palacio y quedaba en el páramo donde hoy queda el parque nacional Chingaza.

Esta planta fue todo un sueño para sus habitantes y de vital importancia para el pueblo de la Calera y para Bogotá, por un lado, representaba la oportunidad para campesinos de tener un sueldo fijo y poder comprar sus propias tierras, lo que para la época era toda una utopía, y por otro, la piedra caliza ha sido tan importante que incluso renombró el pueblo de la Calera que originalmente se llamaba *Teusaca* una palabra de origen muisca que hacía referencia a la sagrada laguna que está ubicada en el páramo, pero ahora conocida como la Calera debido a la piedra caliza, materia prima del cemento, gracias a la cual, Bogotá se convirtió en la ciudad de concreto en la que vivimos hoy en día, gracias a la cementera Samper (fundadora de la planta la Siberia).

La primera construcción de cemento en Bogotá fue el kiosco Samper construido el 20 de julio de 1910 en el parque la independencia, como un regalo de la empresa a la ciudad y sería el inicio de un sin fin de construcciones y de la comercialización masiva de este material.

En un principio mediante burros y mulas se transportaba la piedra desde la mina palacios hasta Bogotá, concretamente hasta la calle 15 con carrera 17 donde se fabricaba el cemento, un viaje bastante complejo pues en la época no habían muchos caminos y había que atravesar pantanos, trochas y

bosque, los campesinos hacían proezas para arrear las mulas y llegar con el material para devolverse por el mismo camino. Posteriormente la cementera decidió construir un cable aéreo, el cual transportaba la piedra hasta bogotá, lo que era una gran innovación, pero lastimosamente este cable aéreo fue destruido y hoy solo quedan una que otra foto muy antigua



imagen tomada de bogota revive

La industria del cemento creció aceleradamente y hacia los años 30 el cemento se convirtió en el material principal para las construcciones arquitectónicas. Debido a la demanda y gracias a diferentes exploraciones que permitieron encontrar más minas, se creó toda una comunidad entorno a esta industria y así fue como poco a poco para evitar el desplazamiento de los empleados se empezaron a construir casas en lo que ahora conocemos como la Siberia, no solo para los obreros sino para sus familias, donde no se pagaba ni arriendo ni servicios, de esta manera también se construyó una escuela, una iglesia, una estación de policía e incluso su propio banco, central bancaria de la que carecía el pueblo principal (la Calera), además de esto, tenía canchas, billares, bares entre muchos establecimientos dedicados a la recreación de sus habitantes, sin duda una comunidad adelantada y autosuficiente que llegaron a describirse como una familia muy grande. Y así fue como esta planta fue hogar de más de 200 empleados que llegaron a producir casi 1000 toneladas de cemento diarias

Las razones de su abandono son algo difusas, dicen que fueron obligados a irse y frenar la producción debido al impacto ambiental que causaba la planta, pues el aire se empezó a tornar gris y las emisiones de monóxido de carbono, azufre, dióxido de azufre entre otras sustancias químicas que

contaminan tanto el aire como el agua. El nacimiento de INDERENA (Instituto Nacional de los Recursos Naturales Renovables y del Ambiente) en 1968 busco proteger el páramo a toda costa, y sumando otras problemáticas de la época, fueron obligados a desalojar en los años 90, pero hay otras cuantas versiones que circulan en internet, en documentales e incluso de los miembros que aún quedan de la comunidad, todos quizás tratando de dar un mejor final al imperio de cemento Samper, que finalmente fue comprado por Cemex quien es hoy su actual dueño y quién vigila su abandono.

La planta la Siberia fue todo un sueño para muchos, una sociedad que giraba en torno a una piedra, un gran modelo de sociedad, pero quizás con la industria incorrecta, a mi parecer llegó a sacar de la pobreza a muchos campesinos, a levantar la ciudad de Bogotá quien creció desenfrenadamente el tiempo que la planta funcionó, pero su ciclo acabó, como esos buenos momentos que son tan efímeros, o un gozo contraproducente (como la mayoría) el caso es que ya solo queda el letrero y las edificaciones. Un lugar con una magia inigualable, que la tierra se come poco a poco, reclamando lo que es de ella, como saldando la deuda pues la lastimaron.



Cuerpo

Qué difícil es verse, aunque uno convive con su cuerpo, pocas veces lo ve, cuando se baña y se arregla que al fin y al cabo se hace para ser apreciado por los demás, aunque no falta el discurso hipócrita de “hacer las cosas por uno mismo” pero lo que sí es cierto es que a uno lo ven más de lo que uno se ve, su cuerpo siempre cubierto de ropa y el rostro necesita de una superficie para verse y se ve al contrario, las ironías de la vida, todo esto hace que la relación con el cuerpo sea tan complicada, por lo menos yo pocas veces me detenía a verme.

Un recuerdo de infancia muy vivido y borroso al tiempo, me sitúa a mí debajo de una mesa no sé cuántos años tenía, pero sé que eran muy pocos, el caso es que me estaba mirando las manos, con un terror y una incertidumbre terrible, recuerdo que me preguntaba si esas eran mis manos y por qué se movían si yo lo decidía, es decir no entendía muy bien todo el proceso, pues no es como pensar voy a mover una mano, sino que realmente solo pasaba, luego empecé a pesar lo mismo con mi cuerpo, preguntas exa-

geradamente prematuras ¿Por qué era yo la que era en ese momento? ¿cómo funcionaba todo mi cuerpo? Más allá de lo anatómico, ¿qué era lo que a mí me hacía ser quien era? Pues tenía claro que eso iba más allá del cuerpo. Empecé a parpadear un montón de veces, maravillada de poder ver, siendo consciente de que lo hacía, me di cuenta que podía ver todo y a todos, pero lo único que no podía ver era a mí misma más allá de una frontalidad sin cuello ni cabeza y un poco más si me contorsionaba o usaba un espejo.

Mis preguntas sobre el cuerpo no han cesado y aún no logro comprenderlo a cabalidad, más allá de lo científico, obviamente. Aprendí mucho al respecto y es fascinante entender de qué estamos compuestos, los miles de procesos que hacemos cada segundo, el milagro del alumbramiento, en fin, toda una maravilla. Pero más allá de la biología, ¿Qué es un cuerpo? La rae dice lo siguiente “Aquello que tiene extensión limitada, perceptible por los sentidos” podría arriesgarme a decir que todo lo físico es corpóreo, y aunque esto pueda complicar un poco más mis cuestionamientos sobre el cuerpo, también me ayuda a llegar a muchas conclusiones, quizá cuerpo pueda ser el ejemplo por excelencia de que todo está conectado y que hacemos parte de, desde los cuerpos celestes hasta los cuerpos cetónicos, por ponernos un rango, puedo decir que soy un cuerpo dentro de otros cuerpos y compuesta

por otros cuerpos, todo en un organismo gigante e infinito. Merleau-Ponty lo pone en otras palabras “Estamos en el mundo, somos-del-mundo, eso es: unas cosas se dibujan, un individuo inmenso se afirma, cada existencia se comprende y comprende a los demás” y esto vendría siendo el cuerpo fenomenológico

Y es que los paradigmas y posiciones frente a la concepción del cuerpo abundan en la historia, adentrándonos más a lo que correspondería al cuerpo del homo sapiens sapiens. ¿Por qué no traer algunas a colación, quizás para hacer la cosa más clara? Es importante hablar de que en su mayoría, cuando se habla del cuerpo se plantea una dicotomía inherente, que cada personaje plantearía de manera diferente. Platón por su parte plantea una dicotomía que será defendida por siglos entre el cuerpo y el alma plasmandolo en Fedón; el alma “cae” en el cuerpo y se encuentra atrapada en él hasta que aquél perezca “el cuerpo es la prisión del alma” y lo único que la libera es la muerte, como un matrimonio disfuncional donde el cuerpo egoísta (o ignorando el asunto, quien sabe) no deja salir a el alma a desarrollar todo su potencial, sometiendo al cuerpo a un juicio de valor y proponiendo deliberadamente al cuerpo como algo malo, pues plantea que el cuerpo es un mal pues

crea necesidades terrenales al alma: deseos, temores, pasiones, lo que lo convierte en una carga e impide al hombre buscar la verdad y acceder a la contemplación de las ideas. Descartes defiende la idea de platón y asume el alma y el cuerpo “como sustancias independientes e irreductibles entre sí” el alma es sustancia pensante y el cuerpo es sustancia extensa, teniendo en cuenta que el alma es superior al cuerpo donde el cuerpo necesita del alma para existir, pero el alma no necesariamente debe tener un cuerpo para asegurar su existencia. Aristóteles, en cambio, decía que el cuerpo es una realidad del hombre sin el que no se puede ser entendido como hombre, es la representación de lo humano. Freud habla de varios conceptos sobre el cuerpo, que en su mayoría se desvían a lo sexual (ya conocemos a Freud) pero cuando habla del cuerpo propio o el yo-cuerpo lo describe como “representación global de la persona” y solo me queda decir que concuerdo completamente, pero lo siento un poco insuficiente.

Frente a la dificultad para comprender el cuerpo se crearon unos conceptos filosóficos que varios pensadores van a utilizar de diferentes maneras. *Körper* y *Leib* palabras en alemán cuya traducción literal es cuerpo, y en esencia lo es, pero mucho más complejo, donde el primero es el cuerpo que se puede utilizar, el que se maneja, un “cuerpo máquina” y que recubre el yo más auténtico, y por otro lado esta

Leib como cuerpo que siente, cuerpo vivo que vive. Dicho en otras palabras, *Körper* es el cuerpo físico y *Leib* el cuerpo humano

Diferentes teorías, pero en su esencia similares, dan cuenta de dos partes que dan sentido al cuerpo y a la persona, pero quizás sea imposible resolver completamente el misterio de si somos o tenemos, pues es quizás ese el poder y encanto que conserva el cuerpo “Pero, si bien es cierto que no podemos tenerlo nunca de modo puro en el sentido de una máquina que puede ponerse en acción a voluntad por obra de nuestro espíritu-piloto, tampoco lo somos nunca de modo puro en el sentido de que al menos una parte de nuestro cuerpo está siempre situada en el mundo como una cosa entre las cosas [...] pone de manifiesto el carácter limitado y provisional de la dialéctica del ser y del tener, incapaz, por sí misma, de comprender el enigma de la encarnación”. Marc Richir. (2013).

Leib

Entendemos a Leib como cuerpo humano, si bien todo mi proceso empieza por unas problemáticas frente a mi Körper, es importante entender el papel de la percepción que puede alterar toda visión de esa realidad que nunca alcanzamos, es así como decido llamar Leib a mi obra, pero este Leib reinterpretado por mí, por un lado entendido como representación de la persona como decía Freud, cuerpo humano, que es consciente de sí mismo, donde su visión depende del Körper teniendo en cuenta que esta es alterada por la percepción que viene de su esencia.

Me interesa en particular este término por que viene de la fenomenología, de la relación de cuerpo y espacio, entendiendo al mismo como “medidor universal” donde el espacio se inscribe en la percepción y en la corporalidad, y aunque el espacio esté en sí mismo y sea complicado hablar de su existencia sin conciencia y sin observador, llegué a entender esta relación del cuerpo y del espacio como catalizador del encuentro con sí mismo, a través de la experiencia en

esta casa con un paralelismo sentimental. Dicha experiencia convierte el espacio en un lugar particular e individual, y el cuerpo funciona a su vez como ratificador de otros cuerpos, como el de esta casa, que puede ser cuerpo individual, puede ser tanto una extensión de mi cuerpo (cuando la habito) como un Leib, que yo he creado y al que he dado sentido. La casa y yo podemos ser un cuerpo dentro de un cuerpo o un solo cuerpo. Algo de esta casa me maravilló, tanto como para ir solo a contemplarla en muchas ocasiones y realmente no era un viaje corto.

Retomando una libreta, un tanto olvidada, encontré una serie de preguntas que me hice justo cuando empezó todo este proceso, de las cuales no era en absoluto consciente. Fue una, la que más importancia tuvo y la que mi subconsciente trataba de responder sin mi consentimiento, ¿puedo ser parte de lo que contemplo? Y si bien entendemos que en efecto puedo serlo, y el mero acto de mirar me incluye ¿Cómo podría trasladar esta sensación de ser parte? Así que inconscientemente eso fue lo que hice, experimentaciones que buscaban crear una mimesis a través de la imagen, que a su vez me hacían relacionarme conmigo misma, con mi cuerpo, lo que me hizo recorrerlo, deformarlo y pintarlo. Esto conllevaba verlo por horas, retratarlo de múltiples formas y poco a poco llegué a esa desnudez de la que hablaba John Berger.

Cicatriz

Puedo decir que yo la ví cambiar y ella a mí, vió como me enfrentaba conmigo y con mis pensamientos, me invitó a leer en voz alta esos diarios que solo dejaba en el papel, me escuchó cantar con el eco de su vacío, vimos muchas veces como caía la noche. Mirando por la ventana mientras escuchaba la quebrada y observaba el cielo, pregunté en voz alta ---¿Por qué tú? ¿por qué yo? ¿Por qué tan heridas? ¿Por qué con tantas marcas? Agaché la cabeza cerrando los ojos, y cuando los abrí me ví los zapatos, volví a ver a la ventana y miré el camino de pasto hundido, que dejaba las pisadas y lo supé, lo entendí. El tiempo a este cuerpo humano, lo llena de marcas y es inevitable, las cicatrices del tiempo no tienen remedio, pero ella, ella es una cicatriz. lo que para mí es el tiempo, yo soy para la tierra, dejando marcas inevitables por existir. esta tierra, esta madre. la herimos mientras la habitamos.

A ella ya nadie la habita y sus heridas han sanado, y es ella una cicatriz, que, como las mías, cuentan las historias de la vida, algo nos habitó: una angustia, un dolor, una situación, una vida, pero hoy ya no lo hace.

La última vez que fuí, quizás a despedirme pues sabía que posiblemente no volvería o no en un largo tiempo, con la ilusión y la nostalgia de verla, recorrerla, sentirme parte de ella y sí, sería la última vez, habían puesto mucho más alambre de púas, una gran reja con un candado gigante, un letrero rojo que decía; “prohibido el paso propiedad privada”. Una pequeña parte de su fachada había sido pintada y no sé cómo describir lo que sentí en ese momento, ¡la habían vendido después de tantos años de abandono! logré escabullirme, entré a despedirme, a pensar, pues fue como si ella estuviera esperándome, para dejarme disfrutar de su abandono.



Bibliografía

- Martínez, Sandra. (2011). La piel como superficie simbólica procesos de transculturación en el arte contemporáneo.
- Jean Luc, N. (2007). 58 indicios sobre el cuerpo.
- Berger, Jonh. (1972). Modos de ver.
- Merleau-Ponty, M. (1996). Notes de cours au Collège de France.
- Richir, Marc. (2013). Cuerpo, Espacio y Arquitectura.
- Silva, Alejandro. (2016). Las ruinas de la cementera La Siberia.
- Topa, Ana. (2011) Construcción de la noción de cuerpo en Freud (1905-1914)
- Páramo, Víctor. (2010). El eterno dualismo antropológico alma-cuerpo: ¿roto por laín?

“Quizás en un momento me sentí herida y la vi tan rota y tan sola que simplemente la entendí, yo solo quería huir de esa horrible incertidumbre de no saber a qué llamarle hogar”

